



PANEGÍRICO
DE SANTA CATALINA DE RICIS,

Virgen, del Orden de Santo
 Domingo:

PREDICADO

*En las fiestas de su canonizacion en la
 Iglesia de las Religiosas de Santo Do-
 mingo, intituladas las Señoras de la
 Cruz; y despues en la Iglesia de la
 Abadía de Poisy.*

*Dabo tibi coronam vitæ. Te daré la co-
 rona de vida. Apoc. 2. 10.*

Aquellos hombres á quienes la divina Pro-
 videncia coloca en la tierra sobre los demas,
 no siempre caminan por las sendas de la in-
 mortalidad. El resplandor de su gloria admi-
 ra al mundo durante su vida, pero desapa-
 rece muchas veces con su muerte. El sepulcro
 del monarca es, porque muere, el término fa-
 tal

tal de su poder. Su corona no está ya sobre su
 cabeza, sino que pasa á sus sucesores.

Solo á la santidad la corresponde el privi-
 legio de sobrevivir. Ella es quien sabe formar-
 se una corona, cuya solidez se mantiene con-
 tra las injurias del tiempo. La revolucion de
 los siglos no sirve de otra cosa que de hacerla
 mas perfecta: y componiendo todas las vir-
 tudes su ornato, llegan muy en breve á ser
 los prodigios su recompensa. El cielo parece
 que concurre al propio tiempo que la tierra á
 fin de coronar para siempre el mérito de la
 santidad. *Dabo tibi coronam vitæ.*

¿No habeis reconocido ya, christianos
 oyentes, por la interpretacion que he dado de
 los sagrados oráculos, á la ilustre virgen, cu-
 ya gloria os junta aquí en este dia? Ya hace
 mas de un siglo que continúa el cielo mani-
 festando la autenticidad de sus virtudes con
 multiplicados prodigios. La Italia, que fué
 durante su vida el teatro de sus maravillas,
 no lo ha dexado de ser un instante despues
 de su muerte. Sin embargo, esperaba el mun-
 do un oráculo mas solemne. Pronunció Roma
 por fin en su favor, y en vista de tan supe-
 rior sentencia, celebra la Iglesia universal el
 triunfo de *Catalina de Ricis*. La respetable Or-
 den, de que fué el modelo, se impuso la obli-
 gacion de tributarla los primeros honores, y
 nos convida para que copiemos en nosotros
 mismos el brillante conjunto de sus virtudes.

La santidad fué la corona que se supo for-
 mar *Catalina de Ricis*, y por lo mismo debe
 servir de fundamento á su elogio. *Dabo tibi*

coronam vita. Una santidad que se ocultó del mundo, y sin embargo fué reconocida por él, es su carácter y el plan de este discurso.

Catalina de Ricis cuidó siempre de ocultar al mundo sus virtudes. *Punto primero.*

El mundo siempre ha cuidado de tributar homenajes á las virtudes de *Catalina de Ricis.* *Punto segundo.*

¡Cuán gustoso es, señoras, para mí, hallar en este dia en una Santa el mismo carácter que os distingue! La nobleza ilustrada por la humildad; las ventajas de la fortuna sacrificadas por el desinterés; sostenida la Iglesia por un zelo sabio y luminoso, y ser los honores la recompensa del mérito y siempre el mérito sobre los honores. El elogio es en esta capital otro tanto menos sospechoso, en quanto está fundado en el testimonio del público. Este es vuestro panegirista y yo no hago aquí mas que copiar sus sentimientos. ¡Quiera Dios que pueda yo manifestar tambien la gloria de la Santa de cuyo elogio me he encargado! Imploremos, &c.

PUNTO PRIMERO.

Aunque las almas vulgares procuren darse á conocer, siempre se contentan los corazones grandes con conocerse á sí mismos. Los corazones christianos se elevan sobre sí mismos, menospreciando el elogio de los hombres por virtud, y no por soberbia ni orgullo. El agradar á Dios es el único objeto que les lleva su atencion. Se apartan del mundo quando

do podrian aparecer en él con resplandor, y en el seno de un voluntario retiro, no quieren tener por testigo mas que al cielo. Su mérito está á cargo de su humildad, y al paso que el universo se embelesa cuidadosamente con su gloria, solo ellos ignoran su grandeza.

¿No es este, hermanos míos, el verdadero retrato de *Catalina*? ¡Qué encadenacion de maravillas os presenta su vida! Ella contiene una multitud de acciones brillantes, y una infinidad de interiores virtudes. Pero ya lo he dicho: *Catalina* fué ingeniosa para ocultar sus virtudes al atento cuidado con que se le observaba; y así no me admira tanto quando obra prodigios, como quando se encierra en su anonadamiento.

Los motivos que la hicieron abrazar el retiro, y la conducta que observó en él, son dos ideas que os harán conocer lo muy atenta que estuvo *Catalina* para ocultar su santidad á la inteligencia del mundo. Mas por todas partes reconocereis, que los caracteres de su humildad llegaron á ser para ella otros tantos grados de gloria. *Dabo tibi coronam vita.*

¿Es, pues, acaso siempre un motivo de religion el que aparta del mundo á las almas que repentinamente se consagran á Dios en el seno del retiro? Es vocacion de necesidad; y tales son muchas veces las causas de un precipitado retiro. Suspira el corazon por el mundo que dexa, y quisiera tener por mérito un forzado sacrificio. Teme la víctima el altar en que se va á inmolar, y revoca la voluntad la obligacion al paso que la pronuncia la boca.

Nada de esto absolutamente se parece al sacrificio de *Catalina*. Sus pasos estaban dirigidos por una voluntad libre, y su vocacion fué obra de la gracia. Triunfó del mundo al mismo tiempo que se creía con derecho de reclamarla.

Yo desde luego me la represento del modo que la vió una de las primeras ciudades de Italia. La nobleza de sus mayores nada nos importa para su gloria. Si fuera un elogio mundano pudiera yo sacar de ella mucha ventaja; pero no la citaré en el discurso de *Catalina*, sino porque la supo menospreciar. Lo que puedo decir es, que la ilustre sangre que corría por sus venas, llegó á ser para ella un motivo para ilustrarse por sus virtudes. Los santos no conocen otra gloria que la de la virtud. Aunque Florencia la vió nacer, no se jactará tanto esta ciudad de sus soberbios monumentos, de sus inmensas riquezas, ni de su vasta extension, como de haber dado en nuestra Santa á la Iglesia una vírgen que fué el ornamento de su siglo y la admiracion de los venideros.

Tal vez esperareis oír los singulares acontecimientos que anunciaron al mundo el nacimiento de este prodigio. Mi asunto no necesita de agenas maravillas, pues por sí mismo es bastante maravilloso. El cuidado de engalanar los discursos á costa de la verdad, le dexo á la profana eloqüencia de quien es propio. ¡Quiera Dios que no se emplee jamas este arte frívolo en los elogios sagrados! Yo busco la gloria de *Catalina* en ella misma, y no quieró añadir nada á sus acciones. En los san-

santos siempre deben estas subministrar el asunto de su elogio.

Mas ¡qué idea tan preciosa es la que desde luego detiene mis pasos! Sobre el sepulcro de su madre era donde iba á estudiar la vanidad del mundo. Apenas podia conocerla, quando sabia ya su corazon negarse á ella. Siendo capaz de reflexionar, aunque todavía muy jóven, sabia con el fervor de la oracion oponer el tiempo á la eternidad. ¡Qué cuidado para ocultarse por una prudente huida del sedicioso encanto de aquellas sociedades, en donde hace manifestar la amistad el sentimiento, y en donde se liga el corazon quando le parece que aun no basta para sí mismo! El corazon de *Catalina* solo será susceptible al amor divino. La perfeccion de todas las virtudes era su estudio. Su modelo Jesu-Christo puesto en la Cruz. ¿Qué extraño es que una aurora semejante anuncie tan brillante dia?

De que veais, pues, á nuestra Santa formar la noble resolucion de sacrificarse á Dios en el silencio de la vida religiosa, y de que la veais allanar los obstáculos, poner á sus pies el idolo de la fortuna, y romper los vínculos de la sangre, ¿criticareis su modo de pensar de una indiscreta determinacion? ¿Os parece que se aparta del mundo porque este no allane á su ambicion una brillantísima carrera? Además de que, ¿no podia pretender el nombre de Riciis lo que el mundo tiene de mas grande? ¿Acaso no fundó en ella su padre la esperanza de su casa? ¡Ah christianos oyentes! El poder vivir entre los honores del mundo,

fué el motivo que tuvo para auentarse de él; y porque su reciente virtud llamaba ya las atenciones del mundo, quiso merecer solamente las atenciones de Dios.

¡O célebre retiro de Monte-Celi! Tú la viste apartada ya del bullicio del mundo, y victoriosa de él, estudiar en el retiro de Ricis el espíritu de obediencia, de humildad y de abnegacion, y exceder con su fervor á los mas fervorosos. Aun en el dia de hoy se conserva el precioso monumento que causaba sus delicias. Dígalo sino este crucifijo, origen para ella de tantas luces, de tantas gracias, y, estoy para decir, de tantos milagros. Los primeros pasos de *Catalina* en la ciencia de los santos os daban á conocer un prodigio de santidad. Pero el mundo queria reclamar á nuestra Santa, y no era para él para quien se criaba. Su corazon aspiraba por instantes al término de su sacrificio. Proporcionóla la Providencia la ocasion, y aprovechóse de ella. El que pone en Dios su esperanza tiene seguro el triunfo.

Discurrid ahora como se cumplieron los designios de Dios, sirviéndose de los de los hombres. En la ciudad de Prat, llamaba la atencion del Señor de Ricis un asunto importante. Pero otro que aun lo era mucho mas condujo allí á *Catalina*. Fuese el padre á tratar sobre los intereses de su casa, y la hija á consultar sobre los de su salvacion. El uno se aprovechaba gustoso de los políticos consejos de un padre iluminado, y la otra consideraba con ardor el sagrado espíritu de una

co-

comunidad religiosa. Chocábanla los exemplos y edificábala la regla. Insinúase la gracia, cede el corazon, resuélvese la vocacion y la eleccion se determina. *Catalina* que era la gloria de Florencia, se iba á sepultar en el escondido retiro de Prat; pero no tardó en ilustrarla su virtud. La santidad brilla hasta en el centro de las tinieblas.

Sin embargo, ¡quántos obstáculos se la ponian por delante! Su virtuoso padre rehusaba, aunque prudente, sacrificar á la que por sí misma se sacrificaba. Creyó debia probar una vocacion tan de pronto resuelta. El tiempo le convencerá: juzgaba que no debia abandonar una victima tan fácil de condescender con los arrebatos que dicta la juventud, y que tal vez no tardaría en desaprobár la reflexion. Conocia á la verdad el inconstante corazon del hombre. Pero ¿quántas veces se sigue una impetuosa vocacion á un cruel arrepentimiento? El capricho la excita, y despues hace sentir la experiencia su pronta deliberacion.

Sabiduría austérea por cierto de un padre tiernísimo. Cede, cede pues, que la vocacion de *Catalina* lleva consigo un respetable carácter, y sostenida por largo tiempo su virtud, es una segura señal de que solo la Religion ilumina sus pensamientos. Aumentad en buen hora la oposicion que ella será vencida. El presentarla en el vil mundo que ha resuelto dexar, nada supone para que mude de resolucion: observará quanto hay de seductivo en él, y no se dexará engañar de ninguna sombra. Las lágrimas de su familia podrán in-

E 3

fluir

fluir alguna cosa sobre el sentimiento, pero no sobre la virtud. Por fin, rompió intrépidamente el fatal nudo que le detenia, y renunció las delicias del mundo sin sentir las, así como las había conocido sin amarlas. Dixo á Florencia, llegóse el instante del sacrificio, y se trató con formalidad de su entrada en la Religien.

Esta es la ocasion, hermanos míos, en que yo me quisiera detener para preguntaros ¿si habeis comprehendido el motivo que determinó á nuestra Santa para retirarse? Me parece que os estoy viendo decir, que su conducta manifestó la idea que me he propuesto, y que habeis advertido en ella una santa siempre atenta para ocultar su santidad á los ojos del mundo. Si Dios la encaminó al retiro, no tardará en dexarse sentir en su corazon. *Ducam in solitudinem, et loquar ad cor ejus.* En el retiro es donde va á perfeccionar nuestra Heroína la obra de su santificacion.

Entróse en la regla de Santo Domingo de Guzman. El perpetuar el espíritu de tan perfecto Legislador era la idea que había concebido su piadosa ambicion. Advertia en esta Orden una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia. Observaba en ellas unos hombres que eran por sus exemplos el ornamento de la fé y su apoyo por su zelo. Como Apóstoles sabios, destinados al ministerio de la predicacion, era la Religion su estudio, el Evangelio su regla, y el Universo el teatro de sus trabajos y de su gloria. Por otra parte se ofrecian á su consideracion unas fervorosas vírgenes,

nes, á quienes una impenetrable muralla separaba del mundo seductor. Veía que obtenian por sus oraciones las victorias que sus hermanos conseguian por su doctrina. Como apóstoles de deseo participaban de los combates de los héroes, y venia á ser el triunfo de estos el suyo propio. En aquellos y estas se hallaba la misma paciencia, la misma humildad y la propia caridad. La virtud siempre es superior á la debilidad del sexó.

¿Cuál será, pues, la conducta de *Catalina* en medio de tantos prodigios de santidad? ¿Cómo es posible christianos que os manifeste á las claras todos los sentimientos de aquel corazon penetrado con las sagradas llagas de Jesu-Christo? A la verdad no venia á ser otra cosa que una especie de calvario. Ella se inmolaba sobre la cruz con Jesus crucificado. La sangre de este Señor era un preservativo seguro contra el fuego de todas sus pasiones. Bien hubiera querido enterrar en su sepulcro tanto la brillantez de sus virtudes quanto los prodigios con que el cielo las coronaba.

Pero en vano intentaba ocultarse á los ojos de los hombres. Los multiplicados prodigios de su sangriento cuerpo daban á entender el glorioso camino por donde su humildad se queria ocultar, aunque en valde. La humildad era la prueba de su santidad, y la gloria la recompensa de esta. Pero ¿cómo se me oculta que no sigo el órden de sus hechos? Quando debia representaros ahora la entrada de su carrera, advierto que os cito ya los acontecimientos que la concluyen.

Sigamos, pues, el hilo de nuestro asunto, y hagamos ver una infinidad de acciones, aunque mas interesantes unas que otras. ¿Con qué señales cimienta desde luego nuestra Santa su solemne determinacion? Su nombre era el de *Catalina*; pero ¿me he olvidado yo del misterioso carácter de este nombre? Aquel con que la vanidad del siglo la habia honrado en el sagrado bautismo se distinguia con el de Alexandrina de Ricis. Mas nuestra piadosa Santa excedió á las ideas mundanas. Quiso proponerse á una señora por modelo, y ¿quién será esta? una Santa que fué el prodigio del décimo quarto siglo, y uno de los primeros ornamentos del Orden de Santo Domingo: una Santa cuya historia es un tejido de maravillas: de un pudor y recato muchas veces asettato y siempre victorioso: de una penitencia sin ficcion, de una humildad sin límites, de una paciencia que excedia á los trabajos, de un amor de Dios sin reserva, de una caridad activa y universal, de una autoridad respetable, conjunto de todas las virtudes, fervor de los Angeles, sufrimiento de los mártires, zelo de los apóstoles, luz de los profetas, poder dimanado del mismo Dios: en una palabra, el nombre de Catalina de Sena basta para formar su elogio.

Por los pasos de esta Heroína christiana fué por los que nuestra Santa se propuso caminar. Formó su plan y empezó á ejecutarlo. No, Iglesia de mi Dios, no sientas ya haber perdido los tiempos pasados, porque ahora acaban de renacer. El décimo quarto siglo se

re-

reproduce en el décimo sexto. A Catalina de Sena la veo revivir en *Catalina de Ricis*.

¿Qué idea tan grande se me representa al pronunciar este nombre de Ricis! Hasta en medio del retiro le debia reconocer como superior segun el dictámen del mundo; pero tampoco la parecia su grandeza sino una sombra vana y fugitiva. ¿Hasta dónde, pues, no la persiguió esta? ¿Por qué presentó á los ojos de *Catalina* los vanos titulos que queria sepultar en su retiro? Yo no lo comprehendo, oyentes míos; pero lo cierto es, que nuestra Santa halló el nombre de Ricis en un tio que era, como ella, discípulo de Domingo. En este caso no tenia ya el nombre de Ricis nada de profano, porque estaba ilustrado por las virtudes, que son las que únicamente forman el hombre de los Santos. ¿Qué progresos hará nuestra Santa en la perfeccion evangélica, dirigida por el zelo, los consejos y la prudencia de aquel virtuoso tio?

Así como se presentan en los ayres aquellos fenómenos que sorprehenden la admiracion de los hombres, así se presentó *Catalina de Ricis* en la Orden de Santo Domingo. Aunque por razon de su edad parecia que necesitaba exemplos, servia ella misma de modelo. Apenas entró Novicia quando ya era perfecta; y entre tantos exemplares de penitencia, ofreció ella un nuevo espectáculo. Se la admiraba casi sin esperanza de poderla imitar.

¡O preciosos lugares, testigos de la santa crueldad que usaba con sus inocentes carnes!

¡Quánto celebrára yo que pudiérais manifes-

tar-

tarnos aquí la imágen de sus austeridades! ¡Quántas veces os estremeceríais con los redoblados golpes de que hizo víctima á su cuerpo! Yo me persuado que por mucho que se figure la imaginacion nunca podrá concebir de ello una idea cabal. Puede decirse, que no conocia ya nuestra Heroína otro alimento que el de los Angeles. Pasábanse los años y flaqueaban las fuerzas como dando á entender que no podian resistir á su fervor; pero ella no las queria reparar sino por medio de un ayuno que, aunque no era tan resplandeciente, seria tal vez mas rigoroso y mas perfecto. ¿Os diré yo, en prueba de esto, que casi no gustaba de las dulzuras del sueño, no conociendo el reposo sino en la accion misma, y siendo su vida una continuada muerte? ¿Os diré yo que una no interrumpida cadena la reduxo á la mayor esclavitud, y que unas erizadas puntas hicieron de su cuerpo una llaga entera? ¡Ah! arrobado en éxtasis este cuerpo parecia que dexaba de serlo; pero al mismo tiempo que le debilitaba la penitencia, le fortificaba la gracia. Aquel ser mortal parecia que llegaba á estar divinizado. *Intra corpus est, et extra corpus esse putares.*

Pero el cielo proseguia al mismo paso que con sus experiencias haciendo sus favores. Cuidadosa *Catalina* de buscar á los unos por medio de la humildad, sostenia á las otras valiéndose de la paciencia. Su historia nos la representa como una roca inmutable á los contratiempos de los vientos y de las tempestades, y con especialidad en aquellos tristes dias

en

en que causó la muerte los mas horribles extragos sobre la casa de Ricis. Espiraron sus primeros poseedores, y no tardaron en seguirles tambien otros al sepulcro. Arrebató una temprana muerte al padre de nuestra Santa, en quien conocia ella unos nobles sentimientos, una piedad sin hipocresia, una ternura siempre igual, y, en fin, un padre á quien amaba tanto quanto ella era amada de él. ¡Qué lance tan terrible para su sensibilísimo corazón! Ni la ley de la Religion, ni la naturaleza son contrarias en este caso á los justos sentimientos. Siempre se ha permitido derramar las lágrimas sobre el sepulcro de un otro sí mismo. Nuestra Heroína no se negó á los legítimos sentimientos del dolor, pero tampoco tardó la Religion en triunfar. Ofreció á Dios aquella querida cabeza al pie de los altares. Quanto mas costoso es el sacrificio, otro tanto mas glorioso es. Todo quanto la correspondia pertenecia al Dios omnipotente. Ni aun ella misma, si me es permitido hablar así, se creía que era para sí misma. Su modo de proceder dió á entender claramente lo que sentia.

En efecto, la miserable naturaleza la proporcionó una inagotable fuente de enfermedades complicadas; pero las aguantaba sin quejarse. Estaba contento su corazón, y el amor de Dios la sostenia. Mas bien se delectaba con la amargura de las aflicciones, que con las cosas honoríficas. *Obtatis mala perferre, quàm bonore affici.* Mas encantos halló entre los horrores de una obscura prision de dos años, que entre el brillo de la opulencia

y

y autoridad. Digo esto por ella ; porque un sentimiento de humildad siempre firme fué la vasa de su conducta : su virtud hubiera querido estar sepultada en el mas profundo olvido. Pero una unánime y general voz la puso por cabeza de su Orden. ¿Quién podrá hacer mas bien observar la regla que aquella cuya conducta es verdaderamente una regla viva?

Aquí no os debeis figurar una autoridad tímida que disimula por ser débil. No una autoridad pesada y lastimosa , que por un despótico mando se venga de haber gemido mucho tiempo baxo el yugo de la subordinacion. La regla de *Catalina* era la prudencia. Con ella facilitaba la execucion de la ley sin atemperar su rigor. Sabia hacer respetar su dulzura del mismo modo que amar su exáctitud. Su disciplina estribaba en su vigor. Para observarla es preciso que se aliente la debilidad, se quiten los escrúpulos y se afirme la vocacion. Es menester humillar la soberbia , despertar la inaccion , dexar las dudas y moderar el fervor. Nuestra Santa sabia acomodar-se á todas las inclinaciones. Puede decirse con verdad , que su particular carácter era un precioso conjunto del de todos los demas. Y ¿qué diremos quando la precisaron los vicios á usar de un rigor temible? Entónces sabia unir á la mas severa reprehension un insinuativo encanto , que persuadia , arrastraba , corregia los defectos y conquistaba los corazones. En el mismo dia en que se la veía reprehender sin acrimonia perdonaba con bondad.

No creais sin embargo , que valida de la au-

autoridad del mando se desentendia de las humillaciones , y no se baxaba al último grado de obediencia. La verdadera virtud sabe pasar desde la elevacion á los abatimientos : su centro es la humildad. De aquí procedia en nuestra Santa aquella oficiosa y tierna caridad. La necesidad de sus queridas compañeras era muy bastante para arrebatarla al fervor de la oracion. Estas eran sus delicias ; pero la caridad obligacion. Jamas decaia en cosa alguna. A qualquiera parte iba para aliviar los males , dulcificar las penas , consolar , rogar , exhortar y disponer el terrible tránsito de esta vida para la eternidad. Aquí se me representa *Catalina* á un San Pablo , porque como él estaba enferma con las enfermas , lloraba con las que lloraban , y padecia quantos males las veía sufrir. *Quis infirmatur , et ego non infirmor* (1).

¿No es , christianos , ser verdaderamente ingeniosa ocultar la brillantez del mérito con el velo de la humildad? ¿Qué rasgo tan maravilloso sorprende aquí mis sentidos! ¿Cuán bien descubre el corazon de *Catalina* al mismo paso que ella procura no dexarle penetrar! El retrato de esta Santa nos le ha copiado fielmente una pluma desinteresada. En él se han pintado al natural sus sentimientos, sus acciones, sus virtudes y sus prodigios. Ninguna cosa puede desaprobarnos la crítica mas severa : todo está comprobado. El es un texto de hechos y de maravillas á quienes justi-

(1) II. Cor. II. 29.



fican una multitud de testimonios. Cada día hacen mas precioso el tesoro los nuevos acontecimientos. Ninguno hay que dexé de leer con gusto aquello que ha visto con admiracion. Ella es la única que desconoce el retrato de sí misma. Pero ¿qué digo yo? Le conocerá muy en breve; porque una exácta indagacion se le hizo descubrir. ¡Descubrimiento fatal! Ella vió::: leyó::: ¡Qué sentimiento para su corazon! En fin, reconoció el retrato de sus virtudes. Mas esta era una pintura que no podia conservar su humildad. En vano procuraba hacerse desconocida, porque la verdad desmentía á su modestia. ¿Qué habia de hacer ella en este lance? Abrazó un partido, y ya que no podia impedir que fuesen sus virtudes la admiracion de su siglo, procuró á lo ménos quitar el conocimiento de ellas á los siglos futuros. Pero ¿qué es lo que veo? Aquel precioso monumento á los ojos de toda Italia, y objeto vil á los de *Catalina*, fué incentivo de las devorantes llamas, y no quedaron de él mas que las cenizas! ¡Eloqüentes cenizas! Ellas verdaderamente forman el mas precioso panegirico de nuestra Santa, y manifiestan á todo el admirado universo, que la humildad siempre sabe inventar nuevos y padosos artificios para librarse de su gloria.

Pero quanto mas atenta estaba para ocultar á los ojos del mundo sus virtudes, otro tanto mas atento ha sido este para tributar honores á su santidad.

PUN-

PUNTO SEGUNDO.

El mundo panegirista de la santidad. Sí, christianos. Yo no sé si habreis percibido lo muy gloriosa que es para *Catalina* esta idea. ¡En qué pocas ocasiones se ve respetada la santidad por el mundo! Este no quiere muchas veces reconocer en la piedad sino su sombra. Interesado siempre en combatir á la virtud, porque le condena sus vicios, le parece que escusa la censura de estos dándoles el colorido de santidad. Como es un mundo vano y soberbio critica á la humildad de un escrupuloso orgullo: si es un mundo inquieto é intrigante, acusa al zelo de amargura, ó de política. Un mundo luxurioso y afeminado, censura á la penitencia de indiscrecion ó de hipocresía. El que es avaro ó pródigo, dice que la caridad es ostentosa ó interesada; y persuadido el que es injusto á que no hay verdadera virtud, tiene casi por delito el ser virtuoso. De aquí procede aquella sangrienta guerra que declara á los hombres santos. Para un Mardocheo que haya lleno de gloria, ¿quántos Eleázaros se ven en los hierros? Se puede decir, que es menester que haya qualquiera dexado de ser santo para que se le reconozca por tal: como si los primeros rayos de gloria que deben coronarles no pudiesen salir sino de la obscuridad de su sepulcro; y como si los milagros de quien es este teatro fuesen una prueba mas evidente de su santidad que sus propias virtudes.

In-